

El educador social en los centros para personas mayores. Respuestas socioeducativas para una nueva generación de mayores

Silvia Martínez de Miguel López
Andrés Escarbajal de Haro
Juan Antonio Salmerón Aroca

Universidad de Murcia. España.
silviana@um.es
adeharo@um.es
jasa2@um.es

Recibido: 15/12/2014

Aceptado: 18/2/2015

Publicado: 26/2/2016



Resumen

En el presente trabajo se hace una reflexión acerca de las posibilidades y límites de los centros sociales de personas mayores como espacios que puedan responder a las nuevas demandas de un colectivo cada vez más formado y concienciado con su papel en la sociedad, y que reclama medidas socioeducativas alejadas de las tradicionales asistencialistas y paternalistas. Pone el acento en la importancia de la educación social para conseguir un envejecimiento activo donde primen la participación y el protagonismo de los mayores en la sociedad en la que viven. Si tradicionalmente los centros de personas mayores han constituido un recurso esencial para propiciar espacios de relación y realizar actividades de ocio, esa oferta no es suficiente para los mayores actuales, y menos aún para las nuevas generaciones de mayores, por lo que se aboga por intervenciones socioeducativas comunitarias que puedan provocar y proporcionar un impacto significativo en el desarrollo social y personal de las personas mayores; intervenciones socioeducativas vehiculadas, no protagonizadas, a través del trabajo profesional de educadores sociales.

Palabras clave: envejecimiento activo; participación social; intervención socioeducativa; calidad de vida.

Resum. *L'educador social als centres per a la gent gran. Respostes socioeducatives per a una nova generació de persones grans*

En el present treball es fa una reflexió sobre les possibilitats i límits dels centres socials de persones grans com a espais que puguin respondre a les noves demandes d'un col·lectiu cada vegada més format i conscienciat amb el seu paper en la societat, i que reclama mesures socioeducatives allunyades de les tradicionals assistencialistes i paternalistes. Posa l'accent en la importància de l'educació social per aconseguir un envelliment actiu on prevalguin la participació i el protagonisme de la gent gran en la societat en la qual viuen. Si tradicionalment els centres de persones grans han constituït un recurs essencial per propiciar espais de relació i realitzar activitats d'oci, aquesta oferta no és suficient per a la gent gran actual, i encara menys per a les noves generacions de gent gran, per la qual cosa s'advoca per intervencions socioeducatives comunitàries que puguin provocar i propor-

cionar un impacte significatiu en el desenvolupament social i personal de les persones grans; intervencions socioeducatives vehiculades, no pas protagonitzades, a través del treball professional d'educadors socials.

Paraules clau: envelliment actiu; participació social; intervenció socioeducativa; qualitat de vida.

Abstract. *Social educators at senior centers: A socio-educational response to a new generation of older people*

This paper reflects on the opportunities and limitations of senior centers as spaces that can respond to the new demands of elderly citizens. Increasingly knowledgeable and aware of their role in society, senior citizens are calling for a move away from traditional and paternalistic welfare assistance schemes towards more socio-educational measures. The study emphasizes the importance of social education to promote active aging and the participation and involvement of older people in society. Although traditional senior centers were at one time essential in providing opportunities for relating with others and engaging in leisure activities, this is no longer sufficient for today's older people, and less so for the new elderly generations. The paper advocates the use of mediated rather than directed social and educational interventions in conjunction with professional social educators, which can have a significant impact on the social and personal development of the elderly.

Keywords: active aging; social participation; socio-educational intervention; quality of life.

Sumario

- | | |
|---|--|
| <p>1. Introducción</p> <p>2. ¿Son los centros sociales una respuesta adecuada a la nueva generación de mayores?</p> <p>3. Nuevos retos en educación social. El trabajo con las personas mayores</p> | <p>4. Conclusiones</p> <p>Referencias bibliográficas</p> |
|---|--|

1. Introducción

Los mayores de 65 suman hoy unos ocho millones de españoles con un amplio abanico de ambiciones y capacidades. Mantenerlos entretenidos en remejo en balnearios durante décadas no es ya una opción posible para este grupo de población. Se trata [...] de encontrar vías para que puedan compatibilizar fácilmente la pensión y el trabajo; de crear espacios de ocio y de participación política y social en los que convivan distintas generaciones; de no arrinconar, no prescindir de los que llamamos mayores. De los que se miran al espejo y no se reconocen en la imagen desvalida que se tiene de ellos. (Carbajosa, 2014: 55)

En el ámbito de las ciencias sociales, hasta no hace mucho tiempo, las investigaciones se habían limitado a constatar y dar cuenta del incremento demográfico de este colectivo, sin embargo, paulatinamente, se está derivando

el rumbo hacia nuevos horizontes, asumiendo los retos y los cambios que, en todos los sentidos, conlleva este fenómeno sociodemográfico. Así, se pueden destacar los siguientes aspectos que la nueva concepción de vejez determina con respecto a generaciones anteriores: mejor condición económica, creciente papel en las relaciones familiares, mayor presencia social y más reivindicativa, mejoras en las condiciones de salud y mayor esperanza de vida y, desde luego, nivel formativo más elevado (Bond et al., 2007).

Efectivamente, desde hace más de tres décadas, los diferentes organismos internacionales, nacionales y autonómicos han ido manifestando un creciente interés por contemplar y atender las necesidades de las personas mayores. Si bien es verdad que esa atención iba, inicialmente, más dirigida a paliar las necesidades primarias, conforme se ha avanzado en calidad de vida en las sociedades más desarrolladas económicamente, se ha ido demandando con fuerza, desde los colectivos y las asociaciones de personas mayores, un giro de tuerca en la búsqueda de alternativas sociales, culturales, educativas y de participación social de este colectivo, que cada vez tiene mayor peso demográfico y fuerza social. Prueba de ello son los planes internacionales elaborados en las asambleas mundiales de envejecimiento de la ONU en 1982 en Viena, o en 2002 en Madrid, así como los diferentes planes gerontológicos nacionales y regionales que, desde 1992, se vienen configurando en nuestro país, que enfatizan la importancia de la dimensión sociocultural y educativa para un envejecimiento activo, según proponía la Organización Mundial de la Salud a principios de este siglo: envejecer con salud, seguridad y con un rol social a desempeñar (Almenar y Valera, 2009).

De este modo, en los últimos años, comienza a concebirse la jubilación desde una perspectiva posibilitadora, una nueva etapa vital en la que es posible y deseable iniciar nuevos proyectos, cuidar la salud física y psíquica disfrutando de un período nuevo de desarrollo personal, en la línea que proclama el paradigma sobre envejecimiento activo (Imsero, 2011). Un envejecimiento activo entendido como «proceso de optimización de las oportunidades de salud, seguridad y participación en orden a mejorar el bienestar y la calidad de vida según se envejece» (Fernández Ballesteros, 2012: 17). Así, el envejecimiento activo significa dar a las personas mayores la posibilidad de participar plenamente en la sociedad y permitirles ser útiles en ella, mediante el voluntariado y otras modalidades, además de vivir con mayor independencia (Fariñas, 2012).

Desde ese enfoque de envejecimiento activo, si se pretende que esa etapa vital sea una experiencia positiva, una vida más larga debe ser acompañada de oportunidades de salud, participación y seguridad, todo ello dirigido a optimizar la calidad de vida de las personas mayores. Se pretende posibilitar que perciban su potencial para el beneficio físico, social y mental a lo largo de la vida, y que esas personas participen en la sociedad de acuerdo con sus necesidades, deseos y capacidades; al mismo tiempo que se propicia protección, seguridad y cuidados adecuados cuando sean necesarios. En ese sentido, la palabra *activo* se refiere a la participación continua en las cuestiones sociales,

económicas, culturales y espirituales, y no solamente a la capacidad de estar físicamente activo. El objetivo del envejecimiento activo es, pues, aumentar la expectativa de existencia saludable y la calidad de vida para todas las personas que envejecen, incluidas las que son frágiles, físicamente incapacitadas y que requieren cuidados (Salmerón et al., 2014).

Por tanto, el envejecimiento activo implica estar en contacto con el entorno en el que se vive a través de un abanico multicolor de opciones que puede ofertar el escenario comunitario. Las ofertas de tipo recreativo, social, cultural, formativo, etc., brindadas desde diversas instituciones nacionales, regionales y locales, están contribuyendo a reforzar la idea de cambiar el modo de afrontar la etapa de la vejez de un modo más dinámico. Y, en ese sentido, el papel de la educación social y el rol que debe asumir el educador social constituyen un reto a la vez tan necesario como apasionante, que quizá está siendo ignorado por las administraciones (es posible que por el brutal recorte del que han sido objeto los servicios sociales), pero que contribuiría a responder a las inquietudes actuales de las generaciones de mayores. Ello porque las acciones educativas dirigidas a este colectivo pueden facilitar espacios de aprendizaje para la acción participativa, para la implicación en su entorno, para que los mayores puedan representar el verdadero rol de protagonistas en la sociedad que nunca debieron haber perdido y que ahora demandan con fuerza (Almenar y Valera, 2009; Barnes y Taylor, 2007). Y, como sostiene Muñoz (2012: 107): «las nuevas demandas de la amplia cúspide de la pirámide poblacional estimulan el paso de la educación entendida como formación para unas etapas determinadas, a una visión de la educación como proyecto vital a lo largo de la vida». Además, la macroinvestigación llevada a cabo por Rohwedder y Willis (2010), aplicando pruebas psicológicas a mayores de 60 años en Estados Unidos y en otros 12 países de Europa, evidenció que el cerebro, no siendo un músculo, responde como si lo fuera, de modo que, como dice el viejo adagio: «Si no se usa, se atrofia».

Teniendo en cuenta todos estos factores, la situación sociopersonal de los mayores no será bien entendida hasta que dejen de prevalecer las connotaciones negativas del envejecimiento biológico, asentadas en esquemas del siglo pasado no superados todavía, que identifican erróneamente el aumento de la edad media de las poblaciones solo con procesos de deterioro, síntomas de decadencia, desaceleración, pérdida de vigor, etc. Por eso, el envejecimiento activo ha mostrado cambios importantes en las personas que ven pasar los años desde actitudes dinámicas, cuidan su dieta, realizan ejercicio físico, manifiestan menos problemas de memoria, participan en numerosas actividades, etc., lo cual es un seguro para su existencia, puesto que están participando en un envejecimiento que les proporcionará bienestar y, por añadidura, mayor calidad de vida. Además, la creciente importancia del segmento de personas de edad avanzada con capacidad de consumo debe implicar cambios positivos en los estereotipos de imagen que se difundirán a través de la publicidad. Es por lo tanto imprescindible tener una imagen positiva de dicho colectivo, sabiendo que se debe buscar el camino para lograr una cultura del envejecimiento activo propugnando una

realidad en donde el espacio de ocio y tiempo libre, así como la actividad y la participación de las personas mayores supongan un equilibrio vital, que las dote del sentido de utilidad tan necesaria para ellas y que realmente poseen, sin ninguna duda (Fernández Ballesteros, 2012; García Mínguez, 2004).

2. ¿Son los centros sociales una respuesta adecuada a la nueva generación de mayores?

[...] no crean que voy a morirme:
me pasa todo lo contrario:
sucede que voy a vivirme.
Sucede que soy y que sigo.
[...]
Se trata de que tanto he vivido
que quiero vivir otro tanto.
[...]

(Pablo Neruda)

Tradicionalmente, se ha concebido el período de envejecimiento como un problema, en lugar de interpretarlo como un logro social, un éxito gracias a los avances en medicina, políticas sociales, estudios en gerontología, etc., que han incrementado la esperanza y la calidad de vida de manera muy significativa. Hoy es evidente, aunque con algunas resistencias, que se está produciendo una superación, por un lado, de esa imagen trasnochada y prejuiciosa que los propios mayores, y mucho más si cabe la sociedad, tenían acerca de las posibilidades de este colectivo; por otro lado, y dados los adelantos en medicina, nuevas tecnologías, industria farmacéutica, economía, política, etc., se contempla a un colectivo con una más que aceptable calidad de vida dispuesto a demandar nuevas y diferentes necesidades de corte más educativo, cultural, asociativo, participativo, etc.

Por todo ello, en este trabajo se obvia la caracterización demográfica de los mayores nacidos en la época del *baby boom* para centrar el interés en las inquietudes y en las demandas socioeducativas a las que se enfrentan los profesionales de la educación, de acuerdo con la evolución de dicho colectivo. Al respecto, la investigación realizada por Rodríguez et al. (2013) ofrece una serie de indicadores sobre cómo utilizarán el tiempo libre las próximas generaciones de personas mayores. En esa investigación, se indican las preferencias de actividades a realizar por estas generaciones, mayoritariamente relacionadas con la participación en programas de ocio y cultura con personas que compartan inquietudes, tareas de voluntariado y participación social. Igualmente, se interesarán por la participación en talleres sobre temas de actualidad, de preparación para la jubilación y organización del tiempo libre, formación sobre envejecimiento activo o cursos relacionados con las nuevas tecnologías. Es también destacable la variable género en este tipo de inquietudes, ya que se observa la predominancia del interés del género femenino en la implicación en acciones

de este tipo, como ha puesto de manifiesto una investigación reciente (Salmerón et al., 2014). Las principales razones argumentadas para implicarse en actividades de este tipo atienden a motivos de salud, utilidad, entretenimiento, aprendizaje, desarrollo personal y, en menor medida, ampliación de las relaciones sociales y la ayuda a los demás.

Para dar cumplimiento a la realización de esas inquietudes, los centros de mayores pueden ser un buen espacio para llevar a cabo el propósito de impulsar la promoción del planteamiento del envejecimiento activo proclamado por la Organización Mundial de la Salud, al mismo tiempo que pueden convertirse en escenarios promotores de participación en la sociedad (Abbot et al., 2000; Limón y Crespo, 2002; Lirio et al., 2012; Martínez, 2006). Sin embargo, se observa que muchos mayores de las nuevas generaciones presentan ciertos recelos a la hora de verse identificados con la asistencia a este tipo de centros. ¿Por qué? Porque uno de los problemas a los que se enfrentan las instituciones que prestan servicios recreativos, sociales, culturales y educativos exclusivamente para mayores es la propia imagen estereotipada de estas, que se traduce en el hecho de que muchas personas próximas a la edad de jubilación no contemplan como opción su asistencia a este tipo de centros, al considerar que no responden a sus inquietudes ni a sus características individuales. Y no hay poca verdad en ello, porque es cierto que la imagen generalizada y estereotipada de este tipo de centros visualiza espacios recreativos de juegos de cartas, dominó, bingo, baile y, como mucho, gerontogimnasia. Esta imagen, que se traslada y se generaliza socialmente, obstaculiza que las personas mayores, cada vez más formadas culturalmente, se encuentren motivadas para decidirse a asistir a este tipo de instituciones, por lo que uno de los primeros retos a lograr sería una mayor y mejor difusión de la realidad de estos centros, sobre todo cuando ofertan actividades que van más allá del ocio y la recreación.

Es sabido que los centros para las personas mayores han constituido un recurso esencial para propiciar espacios de relación, realizar actividades de ocio, aprender, hacer turismo, con mucha significación en las mujeres de ámbitos rurales, pero es posible que no sea suficiente oferta para los mayores actuales y que las reticencias que presentan a la hora de acudir y participar en ellos procedan de una imagen social no ajustada a lo que realmente se ofrece en este tipo de instituciones (Rodríguez et al., 2013).

Al respecto, recordar que los denominados «clubes y hogares» para personas mayores irrumpen en España en la década de 1980 como recurso para ofrecer oportunidades de nuevas relaciones sociales tras la finalización de la etapa laboral. Los tradicionales hogares del pensionista, promovidos por el Imserso y asumidos paulatinamente por las comunidades autónomas, fundamentalmente a través de las administraciones municipales, además de ofrecer puntos de encuentro y oportunidades de ocio, incluían servicios específicos de carácter sanitario y social organizados por un grupo de profesionales dirigidos por un responsable directivo. Pero las demandas sociales actuales pueden y deben traer consigo una redefinición estructural y organizativa de estos y una adaptación a los nuevos tiempos. En ese sentido, se debe destacar que los

centros han ido incorporando nuevas demandas de las personas mayores referidas al ámbito socioeducativo, alejadas de los tradicionales asistencialismo y paternalismo. De este modo, en el siglo XXI, en el marco del envejecimiento activo, se están planteando nuevas demandas: potenciar un papel preventivo y de promoción de la salud, fomentar la participación social de las personas mayores en su comunidad, entender estos centros como plataformas y espacios dinamizadores, recuperar el enfoque comunitario de intervención gerontológica, así como avanzar en la capacitación y autogestión de las personas mayores (Abad, 2013; Pérez Serrano, 2006).

A este tenor, se constata un esfuerzo encomiable por parte de los profesionales que trabajan en estos centros para ir dando respuesta a las necesidades de los mayores que van incorporándose a estos espacios, puesto que realizan una oferta atractiva en la que la dimensión socioeducativa constituye un porcentaje muy relevante. Si se observa la programación de muchos de estos centros, se verá que se organizan en áreas de trabajo tales como (Martínez, 2006; Carm, 2009):

- Salud: actividades relacionadas con la salud física y cognitiva para un envejecimiento saludable (gerontogimnasia, taichi, memoria, relajación, sexualidad, prevención de medicamentos, nutrición, comunicación, etc.).
- Participación social: promoción de actitudes y habilidades para la participación social (charlas, coloquios, debates, encuentros, conferencias, técnicas de participación, técnicas de habilidades sociales, comunicación interpersonal, sensibilización, etc.); impulso a grupos de voluntariado (colaboración en medio ambiente, protección civil, desarrollo cultural, transmisión de experiencia y conocimientos, apoyo a personas en situación de necesidad, colaboración con organismos y entidades sociales y sanitarias, etc.); programas intergeneracionales para romper con estereotipos acerca del envejecimiento en otros grupos de edades, así como facilitación de la incorporación del colectivo de personas mayores como transmisor de cultura, conocimientos y valores fundamentales que aportar a otras generaciones (visitas guiadas de conocimiento de la ciudad o la zona, narraciones de historias, cuentos, cantares, juegos infantiles, talleres y exposiciones de oficios y artesanía, ocupaciones significativas, proyectos de cooperación, debates monográficos, etc.).
- Cultura y educación: acercamiento a las nuevas tecnologías (uso y manejo del móvil, de la informática, de las redes sociales, de la fotografía digital); formación permanente (idiomas, gestión bancaria, ayuda intelectual, preparación a la jubilación), y programación cultural (pintura, teatro, música, cine).
- Promoción cultural externa: realización de viajes, asistencia a exposiciones, a museos, a certámenes culturales, etc.

Como se puede apreciar, cada vez más, los centros de personas mayores atienden e intentan responder a demandas socioeducativas de dicho colectivo.

Sin embargo, y paradójicamente, no suelen disponer de profesionales especializados en el ámbito educativo social que formen parte del equipo multiprofesional. Y en el caso de los que sí disponen de ellos, actúan más bien como mediadores y/o asesores que como profesionales capacitados para diseñar y ejecutar actuaciones que respondan a la intervención socioeducativa.

Además, el drástico recorte en la financiación de este tipo de centros está provocando que el mantenimiento de talleres formativos sea asumido por voluntarios que intentan dar lo mejor de sí mismos, pero que, en gran medida, carecen de la formación necesaria para impartirlos con la máxima calidad posible. También sería conveniente, y de hecho se ha ido iniciando paulatinamente, más por iniciativas personales que por planificación de las administraciones, la apertura de estos centros de mayores a la comunidad.

Por tanto, se debe insistir en que se ha de olvidar, de una vez por todas, la imagen del centro de mayores como recurso único y exclusivamente para este colectivo, aislado y guetizado, y realizar una apertura al mundo exterior comunitario para que se perciban realmente las grandes posibilidades que alberga esta relación, tanto en lo personal como en lo social, y los mayores puedan ampliar nuevos horizontes. De hecho, la investigación citada con anterioridad (Rodríguez et al., 2013) pone de manifiesto que más del 40% de las personas mayores entrevistadas son partidarias de abrir los centros a todas las edades para que tengan mayor dinamismo y se potencien las actividades intergeneracionales, a fin de lograr una mayor sensibilización social de lo que puede significar el envejecimiento activo como fenómeno que afecta a todos los grupos generacionales, sin olvidar tampoco las mejoras y los beneficios de gasto social que pueden verse reducidos al albor de la solidaridad intergeneracional.

En definitiva, la promoción de la calidad de vida en los centros de personas mayores deberá contar con los siguientes ejes fundamentales:

- a) La promoción del envejecimiento activo.
- b) Lograr que se reconozca la igualdad de oportunidades de las personas mayores como ciudadanos con derechos legítimos.
- c) Crear estructuras y cauces de coordinación entre todas las instituciones y entidades implicadas en el reconocimiento de las personas mayores en la sociedad.
- d) La transformación de las personas mayores en agentes de su propio desarrollo.

Para ello, el aporte de la educación social se convierte en un resorte esencial «para activar el proceso de socialización formal de los individuos, gestionar los conflictos interpersonales y grupales entre iguales e intergeneracionales, adquirir nuevos hábitos de vida saludable, modificar conductas y actitudes para adaptarse a los cambios y aprender a participar» (Calvo de Mora, 2014: 15).

3. Nuevos retos en educación social. El trabajo con las personas mayores

Empowerment significa delegar y confiar en todas las personas de la organización y conferirles el sentimiento de que son dueños de su propio centro. (Bermejo, 2006: 78)

Cuando se habla de intervención socioeducativa, se ha de ser consciente y tener en cuenta que, para desarrollarla de una manera adecuada, se debe acceder al reconocimiento y a la detección de las necesidades reales de cada contexto sin realizar interpretaciones particulares, sino dirigidas a una visión objetiva (o, mejor, intersubjetiva) y práctica. Además, cuando se habla de personas mayores, se debe subrayar la relevancia de hacer frente a la diversidad de necesidades que puede contemplar este colectivo, con el fin de poder garantizar una atención adecuada y mantener una identidad clara de cada uno de los sectores que forman el grupo de personas mayores. Esta situación debe conducir a crear estilos de acción claramente diferenciados sin olvidar los rasgos esenciales de los conformantes de este colectivo (Gutiérrez y Herráiz, 2007). Desde hace tiempo, los especialistas en personas mayores en el ámbito socioeducativo (Bedmar y Montero, 2011; Serdio et al., 2014) han ido manifestando la necesidad de abandonar, de una vez por todas, la equiparación de vejez con pérdida funcional e intelectual, por lo que se hace necesario incluir a las personas mayores en los discursos y en las prácticas sociales, redefiniendo los espacios en los que interactúan, una parte importante de los cuales lo va a representar el ámbito educativo, dado que las personas mayores mantienen una capacidad de aprendizaje que les posibilita acrecentar su participación en la sociedad. Como bien dice Muñoz (2012): los mayores, como cualquier otro grupo social, necesitan de la educación como proceso que les permita realizarse dentro del entramado colectivo.

En ese sentido, la labor del profesional que trabaje con personas mayores, en relación con el fomento de la participación socioeducativa del colectivo, ha de constituir un proceso que parta de las exploraciones y la detección de los puntos fuertes de éstos, así como propiciar el desarrollo de espacios en los que puedan reconocer dichas fortalezas, ser conscientes de ellas e incluso de sus posibilidades de mejora (Pérez Salanova, 2006). De este modo, las personas mayores podrán participar plenamente en la transformación y/o en la mejora de sus situaciones sociopersonales aportando sus propias alternativas y eliminando la tradicional perspectiva asistencialista a la que se han estado viendo sometidas.

Además, hay que tener en cuenta que no basta solo con el cambio de percepciones de uno mismo acerca del envejecimiento. Algún estudio (Ramiro, 2012) ha demostrado que los estereotipos actúan como factores disruptivos y limitadores en la imagen social del grupo de mayores. En España, esta imagen suele ir asociada a equiparar mayores con dependencia, ociosidad o enfermedad. Por eso es muy importante trabajar en la línea de ofrecer a la sociedad una imagen más ajustada a la radiografía actual de este colectivo. Por ejemplo:

rompiendo con el estereotipo de persona mayor como carga social y sin rol productivo, nos encontramos con los datos reales que arrojan cifras de aportación económica de este colectivo en materia de apoyo financiero a familiares más jóvenes (87%), cuidados informales (77%), creación de capital social (atención a los nietos) (78%) y nuevas vías de desarrollo económico (64%) (Imsero, 2010: 24-26). Por tanto, cuando se habla de educación relacionada con el mundo de las personas mayores, hay que tener en cuenta tres dimensiones fundamentales:

- a) En primer lugar, subrayar la heterogeneidad de las personas mayores que implica todo un despliegue de acciones socioeducativas dirigidas a dar respuesta a la pluralidad de necesidades e intereses que demanda el colectivo.
- b) En segundo lugar, hay que tener en cuenta que la acción socioeducativa debe dirigirse hacia la propia sociedad, para que sea responsable y facilite el desempeño del papel a ocupar, por derecho, en la comunidad de la que forma parte el colectivo de mayores.
- c) Y, en tercer lugar, y muy importante, no hay que olvidar que los profesionales que trabajen en este ámbito, con un carácter socioeducativo en sus funciones, deben ser especialistas formados específicamente en intervenciones socioeducativas con personas mayores, para poder garantizar realmente la calidad y la eficacia de los procesos que tengan lugar. Una situación que, en la actualidad, apenas está asentada en la realidad de las instituciones sociales que desarrollan acciones educativas con ellas, ya sean centros sociales o aulas universitarias.

Igualmente, y recogiendo el planteamiento que hicieron unos años atrás Martínez et al. (2006), basado en el paradigma del envejecimiento activo, a la hora de poner en práctica una intervención socioeducativa que pueda provocar y proporcionar un impacto significativo en el desarrollo social y personal de las personas mayores, será importante tener en cuenta cuatro elementos esenciales:

- Reconocer la autonomía y la competencia de las personas mayores. Es decir, sería lo que tradicionalmente vienen manifestando los planteamientos gerontagógicos de partir de las posibilidades educativas del individuo, en lugar de establecer, a priori, obstáculos biologicistas encorsetadores.
- Concebir la participación social de las personas mayores como elemento de contribución necesaria e ineludible para el conjunto de la sociedad. Para lograr dicho propósito, será muy adecuado el papel de la animación sociocultural y sus estrategias cualitativas de trabajo grupal, favorecedoras de dicha participación.
- Entender la promoción del envejecimiento activo como factor clave para retardar, en la medida de lo posible y durante mucho tiempo, las situaciones de dependencia en las personas mayores, poniendo de manifiesto la relevancia de la prevención para facilitar una mejora de la calidad de vida del colectivo, cuestión en la que la educación tiene mucho que decir.

- Defender la inclusión social de las personas mayores, favoreciendo el encuentro y el conocimiento entre las distintas generaciones, motivando a los participantes, eliminando barreras y obstáculos familiares y sociales a través de una intervención socioeducativa adecuada que se dedique a trabajar para la sociedad en general, sensibilizando acerca del cambio de imagen dominante de las personas mayores y, al mismo tiempo, en las propias personas mayores, que llegan a creerse los tópicos, las imágenes y los estereotipos que la propia sociedad crea sobre ellas.

Son remarcables y de actualidad los puntos anteriores, porque todavía hoy, cuando se habla de educación y personas mayores, se suele tener una visión reduccionista asociada a los planteamientos pedagógicos formales (Lirio y Calvo Morales, 2012). Por ello, muchos de los mayores actuales que no tuvieron oportunidades educativas en sus etapas de infancia y juventud suelen presentar reticencias, en muchas ocasiones, a participar en actividades educativas. Por esta razón, en primer lugar, habría que sensibilizarlos hacia la concepción de una educación a lo largo de la vida como un proceso en el que, interactuando con los demás, se pueden intercambiar significados, conocimientos, experiencias acerca de sus núcleos de intereses (Escarbajal de Haro, 2004). Como queda recogido en el libro blanco del envejecimiento activo (Imsero, 2011: 37):

El aprendizaje a lo largo de la vida debe validar a las formas de pensamiento y acción de las personas, a la vez que ayuda a que se integren en una sociedad plural y global. De este modo, también favorece que las personas mayores puedan continuar construyendo una identidad personal positiva, para desarrollar sus capacidades, imprescindible para sentirse reconocidas como personas valiosas.

Uno de los objetivos de la educación de personas mayores es formarlas para que sean capaces de interpretar los fenómenos y los acontecimientos que ocurren a su alrededor, pero está constatado que los humanos no aprendemos solos, sino que ello tiene mucho que ver con las relaciones que establecemos con los demás y con el contexto social, y esto da verdadero sentido a lo que se aprende. En ese aspecto, la aportación de la educación social va a suponer la necesidad de modificar las tradicionales metodologías utilizadas en la enseñanza formal en busca de métodos y módulos más adecuados a las características de las personas mayores, así como basar la enseñanza en el método del descubrimiento, valorando la experiencia y las capacidades adquiridas por este colectivo. Es decir, la actuación de su educador no puede limitarse exclusivamente a invertir la relación entre el maestro transmisor y los alumnos receptores de conocimientos, sino ir más allá para lograr que las personas mayores sean autogestoras de sus propios procesos educativos. ¿Cómo? Se puede iniciar la tarea tratando de acceder a las necesidades reales, manifiestas y latentes de las personas mayores con las que se trabaje, tratando de dar respuestas cuando las necesidades hayan sido puestas de manifiesto por las personas implicadas, por lo que el educador ha de plantear su trabajo a través de la creación de espacios que inviten a la deliberación, al debate, a la reflexión, a la experiencia compartida,

etc. En ese sentido, el enfoque de la animación sociocultural con el que suele trabajar el educador social se convierte en un instrumento esencial. De hecho, incluso es posible que lo más interesante del aprendizaje colaborativo que se propugna desde la animación sociocultural no sea el hecho de dar o recibir ayuda para aprender, sino la conciencia de necesitar ayuda, de comunicarlo y de asumir las propias limitaciones, pero también la toma de conciencia de que las limitaciones personales pueden ser suplidas con el apoyo de los demás en una constante retroalimentación (Salmerón et al., 2014).

Las personas mayores están demandando nuevas necesidades por cubrir, nuevos intereses por desarrollar: la voluntad de adquirir nuevos conocimientos y habilidades o completar saberes insuficientes; luchar contra la soledad y el aislamiento estableciendo nuevas relaciones sociales; potenciar y dinamizar las facultades intelectuales; acceder a la comprensión del mundo actual; enriquecer y estimular el pensamiento a fin de desarrollar una nueva personalidad; querer seguir en activo para poder hacer una aportación a la sociedad, ya sea a nivel de compromiso individual o grupal; buscar la dimensión del ocio intelectual; tener interés por temas puntuales; etc. Situaciones en las que la intervención socioeducativa puede favorecer, en gran medida, las respuestas que demandan estas incertidumbres a través del trabajo de un profesional especialista en intervención socioeducativa con personas mayores, que posee unas competencias concretas y realiza actuaciones específicas que lo diferencian del resto de profesionales que trabajan en los centros y de los que podría ser pieza relevante dentro del equipo multiprofesional. El perfil que ha de caracterizar al educador de personas mayores es el de ser un profesional de la educación que trabaja en la intervención directa sobre los recursos y las mediaciones tendentes a conseguir una adecuada y plena integración y participación social del colectivo de personas mayores. Y ese perfil es, indudablemente, el del educador social.

La labor del educador de personas mayores se ubica en el ámbito social, ámbito que se caracteriza por su dinamismo, complejidad, heterogeneidad, etc. De ahí que se destaque como elemento esencial entre sus funciones lograr un conocimiento profundo de las realidades en las que se debe intervenir. También ha de perseguir que las personas mayores se sientan útiles y competentes, dispuestas a participar y a tomar decisiones en su propio desarrollo y en el de su comunidad, por lo que, para ello, tendrá que tener en cuenta la consideración de estas como agentes activos de sus propios procesos de intervención. Para poder lograr que un colectivo concreto quiera implicarse en un proyecto de intervención, los procesos de sensibilización y dinamización del mismo constituyen un elemento clave y prioritario. Por eso, el papel del educador social es fundamental en las fases iniciales a través de la presentación, a la comunidad o al colectivo concreto, del motivo de la puesta en marcha del proyecto de intervención, para poder informar sobre todas aquellas cuestiones que los protagonistas requieran para poder llegar a un acuerdo básico sobre la función del proyecto, fundamento del interés de la comunidad para su puesta en práctica (Caride, 2005; Pérez Serrano y Pérez de Guzmán, 2005).

En dicho sentido, el planteamiento presentado en este artículo concuerda con los retos que el libro blanco del envejecimiento activo (Imsero, 2011) propone en la promoción de políticas de participación activa. Retos que contemplan la necesidad de impulsar y canalizar las inquietudes y las necesidades de las personas mayores en aquellos ámbitos de servicios necesarios para la comunidad, definiendo estrategias que permitan aprovechar el potencial de su experiencia y sus ganas de ser activos; dinamizar la creación, la gestión, el desarrollo y la democratización de órganos de participación institucionales; trabajar en el perfeccionamiento y en la amplitud de modos e instancias que posibiliten la expresión de sus demandas y sus puntos de vista para lograr la solución de sus problemas; contribuir al reconocimiento y a la difusión de su aportación social como voluntarios; aproximarlos al mundo de las tecnologías para evitar distanciamientos sociales; así como promover investigaciones que den cuenta de la realidad del colectivo de personas mayores (Vicent et al., 2006). Y todo ello puede ser canalizado a través del trabajo de los educadores sociales, profesionales competentes en intervención socioeducativa con personas mayores.

4. Conclusiones

La educación social se presenta como una alternativa fundamental en el trabajo socioeducativo con personas mayores. Este trabajo ha de generar la dinamización de este colectivo y poner en marcha iniciativas estables y autónomas tendentes a mejorar las condiciones y la calidad de vida de esas personas, poniendo el acento en la participación.

En el terreno político, se ha ido avanzando en los distintos planes gerontológicos con nuevos planteamientos bajo una óptica más progresista y menos asistencial. Actualmente, se habla de la igualdad de oportunidades como derecho, de la necesidad de formarse, de la importancia de la animación sociocultural y de la participación del colectivo de personas mayores en la sociedad, así como del aumento del número de centros, y se crean instituciones y organismos nuevos (Observatorio de Mayores; institutos de envejecimiento, de Alzheimer; consejos estatales, regionales y locales de mayores; etc.), se fomentan las investigaciones, se promueven cursos, jornadas, congresos, conferencias, etc. Pero, a pesar del marco jurídico favorecedor de los últimos tiempos, no es suficiente que, de acuerdo con un paradigma de envejecimiento activo, esté recogido legalmente el derecho de los ciudadanos mayores a envejecer satisfactoriamente. Es mucho más urgente traducir esa legalidad en programaciones concretas y en el reconocimiento institucional del profesional adecuado —el educador social— para facilitar esa labor socioeducativa en el marco de un equipo interdisciplinario de profesionales que ya tienen reconocido, social e institucionalmente, su rol en el trabajo con mayores (Martínez de Miguel y Escarbajal de Haro, 2009).

En el terreno de la literatura científica, se ha multiplicado el número de publicaciones relacionadas con el colectivo. La mayor parte de ellas ha cam-

biado el enfoque que se venía realizando tradicionalmente dentro de un planteamiento negativo del proceso de envejecimiento, caracterizado esencialmente como carencia funcional y/o intelectual y de «aparcamiento social», para empezar a hablar con fuerza de las personas mayores como ciudadanas capaces de hacer cosas, capaces de aprender permanentemente, de educarse a lo largo de la vida (Paniagua y Mota, 2010). Además, en los escenarios universitarios, se observa cómo aumentan las asignaturas relacionadas con el colectivo de personas mayores, especialmente en el ámbito socioeducativo. En los planes de estudios superiores, se cuenta ya con asignaturas propiamente referidas a la educación con personas mayores, tanto en los grados como en los másteres y en los Prácticum, y cada año aumenta el número de plazas destinadas a centros para personas mayores. De hecho, el perfil de educador de este colectivo destaca como un aspecto profesionalizador amplio e importante, ya que está dirigido a formar a especialistas que trabajen con personas mayores en procesos orientados hacia la autonomía de este colectivo, la participación comunitaria y la mejora de la calidad de vida, así como la educación formal (aulas de mayores, Universidad de la Experiencia, etc.) y no formal (animación sociocultural en centros sociales para personas mayores, por ejemplo). El reto estriba en que las administraciones integren paulatinamente este perfil profesional dentro de sus equipos interdisciplinarios.

Por tanto, aunque, afortunadamente, en los últimos años, la realidad está cambiando en relación con la importancia de la labor socioeducativa con el colectivo de personas mayores, no obstante, hay que seguir trabajando, y mucho, para lograr generalizar todos los avances relatados. Hay que seguir reivindicando para que el número de educadores de personas mayores aumente en los distintos centros, servicios e instituciones que trabajan con este colectivo, porque, en la actualidad, es manifiestamente insuficiente. Además, no solo es necesario este aumento, sino que las administraciones públicas y las entidades privadas han de facilitar la posibilidad de llevar a la práctica los modos de trabajar que se plantean y se defienden en este trabajo bajo la óptica de la animación sociocultural y las estrategias de trabajo cualitativo, para que las personas mayores sean realmente las protagonistas de esta renovación. Existe la confianza de que el llevarlo a cabo redundará en la mejora y en la eficacia de las propias instituciones, centros y servicios para que no malgasten tiempo ni dinero, puesto que irán directos al núcleo de problemas, necesidades e intereses reales y optimizarán recursos humanos.

Por ello, desde el ámbito profesional de los autores del trabajo, se tiene consciencia del relevante espacio de estudio y de intervención que representa el trabajo socioeducativo con personas mayores, así como de la gran responsabilidad para formar educadores sociales que trabajen con este colectivo aprovechando los avances de las diferentes ciencias que puedan decir «algo» sobre estas personas, realizar investigaciones con la participación directa de los propios mayores y de quienes colaboren con ellos, como también adquirir el compromiso de utilizar todo ese caudal en la dinamización de la vida social de las personas mayores en los barrios, en los centros comunitarios y en las residencias.

Así, el rol que debe desempeñar el educador es el de motivador, facilitador y orientador de las actividades. Además, es importante que centre su labor en el desarrollo de técnicas interpretativas, que proyecte pensamientos, sentimientos y creencias de los participantes, diseñando y llevando a cabo estrategias de optimización de su motivación y de su participación. El educador puede gestionar, a través de un proceso reflexivo, los diálogos, las deliberaciones, el intercambio de opiniones, etc. de las personas de edad avanzada.

En definitiva, en el trabajo socioeducativo con personas mayores, los grandes retos con los que cuenta la educación social para este siglo XXI, coincidiendo con las premisas de Calvo de Mora (2014), serían: promover el envejecimiento como mejora de la salud y reducción del gasto sanitario; poner en valor urgentemente la figura del educador social dentro de los equipos interdisciplinarios de todos los servicios de atención socioeducativa, incluidas las aulas de mayores; trabajar en el cambio de opiniones sobre la vejez y sus consecuencias, sus oportunidades y valores, así como promover la educación (utilizando incluso a las propias personas mayores como recurso educativo) desde la infancia en los distintos centros docentes, para entender que llegar a la senectud es todo un proceso para el que se debe preparar una persona durante toda la trayectoria vital; todo ello para lograr una mayor comprensión y aceptación de la realidad natural.

Referencias bibliográficas

- ABAD, F. (2013). *La participación de las personas mayores en una sociedad para todas las edades*. Madrid: Fundación Empresa y Sociedad.
- ABBOT, S.; FISK, M. y FORWARD, L. (2000). Social and Democratic Participation in Residential Settings for Older People: Realities and Aspiration. *Ageing and Society*, 20, 327-340.
- ALMENAR, M.N. y VALERA, S. (2009). Educación a lo largo de la vida en la Unión Europea y los organismos internacionales. En MURGA, M.A. (ed.). *Escenarios de innovación e investigación educativa*. Madrid: Universitas, 253-266.
- BARNES, M. y TAYLOR, S. (2007). *Involving Older People in Research: Examples, Purposes and Good Practice*. Sheffield: ERA-AGE.
- BEDMAR, M. y MONTERO, I. (2011). La educación a lo largo de la vida: Las personas mayores y la educación. *Mayored*, 6, 9-10.
- BERMEJO, L. (2006). *Promoción del envejecimiento activo: Programas de preparación para la jubilación*. Logroño: Universidad de la Rioja.
- BOND, J.; PEACE, S.; DITTMAN-KHOLI, F. y WESTERHOF, G. (2007). *Ageing in Society*. Londres: Cambridge University Press.
- CALVO DE MORA, M. (2014). La educación social frente al impacto del envejecimiento. *Madurez Activa*, 25, 14-15.
- CARBAJOSA, A. (2014). El despilfarro de la experiencia. *El País* [en línea], 16 de noviembre. <www.elpais.es>.
- CARIDE, J.A. (2005). La animación sociocultural y el desarrollo comunitario como educación social. *Revista de Educación*, 336, 73-88.
- CARM (2009). *Estatuto Básico de Centros Sociales de Personas Mayores de la Región de Murcia*. Murcia: Instituto Murciano de Acción Social.

- ESCARBAJAL DE HARO, A. (2004). *Personas mayores, educación y emancipación*. Madrid: Dykinson.
- FARIÑAS, C. (2012). Envejecimiento activo. *Autonomía*, 6, 18-21.
- FERNÁNDEZ-BALLESTEROS, R. (2012). *Envejecimiento activo: Contribuciones de la psicología*. Madrid: Pirámide.
- GARCÍA MÍNGUEZ, J. (2004). *La educación en personas mayores: Ensayo de nuevos caminos*. Madrid: Narcea.
- GUTIÉRREZ, M. y HERRAIZ, G. (2007). *Escuela de Abuelos: Proyecto Intergeneracional*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- IMSERSO (2010). *Informe 2010. Las personas mayores en España*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.
- (2011). *Envejecimiento activo. Libro Blanco*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.
- LIMÓN, M.R. y CRESPO, J.A. (2002). *Grupos de debate para mayores: Guía práctica para animadores*. Madrid: Narcea.
- LIRIO, J. y CALVO MORALES, S. (2012). El reto de la formación del profesorado para una enseñanza de calidad en las universidades para mayores. *Pedagogía Social: Revista Interuniversitaria* [en línea], 19, 155-166.
<<http://dx.doi.org/10.7179/PSRI>>
- LIRIO, J.; PARRO, B. y ARIAS, E. (2012). La evaluación de la animación sociocultural: El caso de la residencia de mayores Virgen del Prado. En MORALES, S. (ed.). *La pedagogía social en la universidad: Investigación, formación y compromiso* (pp. 777-786). Valencia: Nau Llibres.
- MARTÍNEZ, T. (2006). Envejecimiento activo y participación social en los centros sociales de personas mayores. En MARTÍNEZ, T.; DÍAZ, B. y SÁNCHEZ, C. (eds.) (2006). *Los centros sociales de personas mayores como espacios para la promoción del envejecimiento activo y la participación social* (pp. 23-41). Oviedo: Gobierno del Principado de Asturias. Consejería de Vivienda y Bienestar Social.
- MARTÍNEZ, T.; DÍAZ, B. y SÁNCHEZ, C. (eds.) (2006). *Los centros sociales de personas mayores como espacios para la promoción del envejecimiento activo y la participación social*. Oviedo: Gobierno del Principado de Asturias. Consejería de Vivienda y Bienestar Social.
- MARTÍNEZ DE MIGUEL, S. y ESCARBAJAL DE HARO, A. (2009). *Alternativas socioeducativas para personas mayores*. Madrid: Dykinson.
- MUÑOZ, I.M. (2012). Una mirada a la educación de personas mayores: De educación permanente a educación a lo largo de la vida. *Revista Electrónica de Investigación y Docencia (REID)*, 7, 105-125.
- PANIAGUA, R. y MOTA, R. (2010). La educación en las personas mayores: Un derecho y una necesidad ineludibles. En GIRÓ, J. (ed.). *Envejecimiento, conocimiento y experiencia* (pp. 65-88). Logroño: Universidad de la Rioja.
- PÉREZ SALANOVA, M. (2006). Participación, personas mayores y profesionales: El reto de la creatividad. En MARTÍNEZ, T.; DÍAZ, B. y SÁNCHEZ, C. (eds.) (2006). *Los centros sociales de personas mayores como espacios para la promoción del envejecimiento activo y la participación social* (pp. 53-71). Oviedo: Gobierno del Principado de Asturias. Consejería de Vivienda y Bienestar Social.
- PÉREZ SERRANO, G. (ed.) (2006). *Cómo intervenir con personas mayores*. Madrid: Dykinson.
- PÉREZ SERRANO, G. y PÉREZ DE GUZMÁN, M.V. (2005). *El animador: Buenas prácticas de acción sociocultural*. Madrid: Narcea.

- RAMIRO, D. (ed.) (2012). *Una vejez activa en España*. Madrid: EDIMSA.
- RODRÍGUEZ, G.; RODRÍGUEZ, P. y CASTEJÓN, P. (2013). *Las personas mayores que vienen: Autonomía, solidaridad y participación social*. Madrid: Fundación Pilares.
- ROHWEDDER, S. y WILLIS, R.J. (2010). Mental Retirement. *Journal of Economic Perspectives* [en línea], 24(1), 119-138.
<<http://dx.doi.org/10.1257/jep.24.1.119>>
- SALMERÓN, J.A.; MARTÍNEZ DE MIGUEL, S. y ESCARBAJAL DE HARO, A. (2014). *Vejez, mujer y educación*. Madrid: Dykinson.
- SERDIO, C.; DÍAZ, B. y CIFUENTES, P. (2014). Envejecer activamente, aprender activamente: Apuntes para una propuesta educativa en el ámbito universitario. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 2(1), 91-98.
- VICENT, J.A.; PHILLIPSON, C. y DOWNS, M. (2006). *The Futures of Old Age*. Londres: Sage.